

narrativa 

EL PRECIO DE LA DICHA

Alois Johannes Lippl


COBEL EDICIONES

Primera edición: noviembre de 2011

© Cobel

ISBN:978-84-15024-59-0

Cobel
Avda. Benito Pérez Galdós, 40 4º
03004 Alicante
cobel@cobel.es

965 20 34 22

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

I

Delante de la aldea de Riedberg, enclavada en una colina y a una prudente distancia de aquélla, como si nada quisiera saber del resto del poblado, tiene su asiento una hacienda magnífica: la hacienda de Hallwanger, rica y dilatada, un verdadero castillo campestre. Los campos, las praderas y el bosque, en un gran radio de extensión, son propiedad suya. La limpieza y el orden, que presiden la finca y hasta el último rincón del patio y de la casa, acreditan la bondad de un régimen. Y, realmente, bien se puede hablar aquí de gobierno, pues la hacienda de Hallwanger es la mas importante de todo el contorno. La servidumbre trata de “señor” al opulento Martín Hallwanger y de “señora” a la hacendada Regina.

Un sol tardío envuelve en sus rayos el montículo. La dueña da de comer a las gallinas en el patio. Por lo demás, sólo en el establo y en la cocina se advierten señales de actividad. Los obreros, con el señor, están fuera, ocupados en acarrear la última partida de heno

En este instante asoman en el ocaso unos nubarrones oscuros, que avanzan con rapidez vertiginosa y ocultan súbitamente el sol. Amenaza la tormenta y, de pronto, los ramalazos del viento arremolinan el polvo en los caminos. Las contraventanas empiezan a tabletear. El ganado se inquieta. La hacendada señora recluye a las gallinas en el corral y pone diligentemente a salvo a una

clueca con sus polluelos. Se cierran todas las ventanas. A los caballos y a un potrillo que retozan en la pradera, a espaldas de la casa, se les hace entrar en el establo.

Atareada en la cocina, se asusta la anciana Bárbara cuando una ráfaga de viento le cierra la ventana de golpe. Al echar la falleba mira al cielo con preocupación. ¿Llegarán a tiempo las carretas con la carga de heno?

Recorre el establo la señora de la hacienda, y observa si el ganado está bien sujeto a los pesebres, pues, de no ser así, se corre el riesgo de que rompa las amarras, aturcido por los rayos y los truenos. Vahean los animales —cuatro docenas entre vacas, bueyes y terneros— y dan muestras de nerviosismo. Sobre ellos pesa la amenaza de la tempestad.

Entretanto, los de Hallwanger trabajan en la pradera a toda marcha y al frente de todos, multiplicándose el primero en la faena, el hacendado Martín en persona.

Sobre toda la región se ciernen ya negros nubarrones. Una luz tétrica lo envuelve todo. Zarandea el viento los montones de hierba, apilados previamente con rastrillos por obreras con los pies descalzos. Quedan todavía por cargar tres carretas. Clavados los haces en las horquillas, jadeantes y empapados de sudor, criados y dueño corren a los carros, alargando la hierba a las mujeres. Tómanla éstas con sus desnudos brazos robustos, repisando luego diestramente la carga que acrece sin cesar.

Cada carreta va tirada por caballos que yerguen anhelantes la cabeza; que hacen crujir los arcos con sus sacudidas; que se baten las ancas con el látigo de las colas para ahuyentar a los tábanos, irritados por el sofocante calor; que, a la voz del carretero, se echan sobre las colleras en un fortísimo arranque, siguiendo en fila los montones de hierba que aún quedan por cargar. Es una labor callada, una lucha a brazo partido con la tormenta que se aproxima a paso veloz.

La última carga de heno tiene que llegar aún a casa.

Alarga Martín un haz extraordinariamente pesado. A pelo la cabeza, le caen los revueltos mechones sobre la frente. Desabotonada la camisa, deja al desnudo el pecho, y se recoge las mangas por encima de los codos. Como el sudor le corre a ríos por la cara, enjúgase la frente con el antebrazo y resuella un momento.

Gertrudis, la joven criada, ha recogido el haz de hierba ensartado, en la horquilla De pie sobre la carreta, interrumpe su trajín por un instante para mirar a su señor. Es una linda muchacha, hecho fuego el rostro por el ardor del trabajo. Unos traviosos bucles, con los que juega el viento a su talante, se le han escabullido a hurtadillas por entre el pañuelo que le ciñe la cabeza.

Martín se ha dado cuenta de su mirada, y clava la suya en los ojos de Gertrudis.

Dícele ella tranquilamente:

—Veo que cargáis sobre vuestros hombros un peso exagerado. El doble o el triple que vuestros propios obreros

—¿Es que tu no puedes con la carga? —replicó él.

—El trabajo mío no ofrece dificultad —responde la chica—. Pero vos no disponéis más que de un cuerpo.

—Al tiempo no le van esas cosas —dice el amo—. Se da media vuelta y recoge nuevos haces.

Respira Gertrudis más profundamente que de costumbre y, mientras apisona el heno, sus ojos, medio preocupados, medio sorprendidos, miran a Martín

Ya está cargada una carreta. Anuda un criado la soga del varal. El que dio fin a su labor primeramente corre en ayuda de sus compañeros. De vez en cuando vuelve alguno su escrutadora mirada al cielo nebuloso.

Ya está lista también la última carreta. Levanta el dueño el pesado varal. Gertrudis y otra mujer lo sujetan en un extremo con la soga, cuya otra punta vuela por los aires a la parte posterior. Tensos en Martín los

tendones y músculos de sus brazos. Con extraordinaria potencia tira del cordel y lo ata a la punta del varal, que oprime y sujeta elásticamente la carga. Gertrudis salta de lo alto de la carreta.

El señor, que permanece aun allí, la coge al vuelo como si fuera una pluma y la pone delicadamente a sus pies. Lo hace con la mayor naturalidad, como una de tantas cosas al cabo del día. Arráncase Gertrudis el pañuelo con que se toca la cabeza y le mira sonriente. Sorpréndese Martín, pero su semblante se mantiene tan reservado como de costumbre, serio y meditabundo y hasta podría decirse que deprimido.

Una orden tajante a los de la primera carreta, y los caballos se ponen en movimiento.

A derecha e izquierda, y con todo el peso del cuerpo, apoyan los jornaleros las horquillas en la voluminosa carga vacilante, para evitar un vuelco sobre el desnivelado terreno, hasta que, por fin, se enfila el angosto camino vecinal. Entre chirridos y traqueteos ruedan a casa las carretas apresuradamente. Las mujeres, cuyas faldas, al impulso del aire, les abanicán y azotan las piernas desnudas, se dan prisa en recoger los instrumentos de labor y la cesta y el jarro de la merienda.

El dueño es el último en partir del herbal. Lanza una postrer ojeada en derredor para cerciorarse de que todo está a punto, de que ningún utensilio de labor quedó abandonado, y, con la chaqueta al hombro y terciada la horquilla, apresura el paso, firme y seguro, detrás de las carretas, sin perjuicio de escudriñar de nuevo el cielo, a la sazón completamente entenebrecido.

Pura casualidad, tal vez, que Gertrudis haya hecho un alto en el camino para acomodarse el pañuelo a la cabeza. Pero lo cierto es que, cuando vuelve a echar mano de la cesta, del jarro y del rastrillo —el resto de la servidumbre se había adelantado ya un buen trecho—, hubo de darle alcance Martín.

Caminan juntos un rato sin decirse nada en absoluto. Tan sólo una mirada rápida y furtiva al señor es el lenguaje secreto de Gertrudis. Pero no se da él por aludido. Sus pensamientos vuelan mas allá, y diríase que sus ojos se pierden desorientados en lontananza.

—No se encuentra a la redonda —apunta por fin ella de modo incidental— Labrador alguno que aventaje en el trabajo a todos sus criados como vos.

—Mejor es dar ejemplo que ordenar —contesta Martín secamente.

—Pero podría darse el caso también de que se busque el trabajo como recurso para huir de una aflicción, de una angustia —continuó diciendo ella con extrema suavidad.

Resístese Martín a dar a entender que estas palabras han dado en el clavo, y responde en tono evasivo:

—Déjate de tonterías. Lo único que me preocupa es que no se me moje el heno.

—No ha sido mi intención mortificarle —replicó Gertrudis intimidada.

—Preocúpate de tu pelleja —interrumpió rápido Martín—. Tengo la mía en muy buenas manos. Está bien donde está.

Mordióse la criada los labios. ¿Cómo se le pudo ocurrir hablar de esta suerte a su señor? No se le oculta que arruga el ceño, que pone muy mala cara. No ciertamente por causa suya, sino por habersele renovado la herida... Agachada la cabeza, sigue caminando junto a él.

Entre un estruendo de herrajes irrumpen las carretas en el patio. Un obrero abre apresuradamente la puerta del henil. Dos de aquéllas chirrían en la era Cobíjase la otra bajo el alero del cobertizo. A los caballos, libres ya de sus arreos y vaheando sudorosos, les obliga el caballero, con la ayuda de los carreteros, a entrar en el establo.

Dentro de la era empiezan ya a volar las primeras horquilladas de hierba al interior del henal. Levanta el viento remolinos de polvo en el patio, y parte en jirones el humo de la chimenea. Los frutales del huerto inclinan sus copas a un lado y otro, zarandeados por el huracán. La puerta del henil se abre violentamente y luego se cierra de golpe también. Uno de los criados corre hacia ella, la abre de nuevo y la asegura en firme.

La hacendada Regina está a la puerta de casa. Al llegar la servidumbre, no han faltado para nadie unas palabras de elogio ... Ahora se encuentra ahí, a la espera del señor, puesta la vista en el punto fijo por donde puede aparecer.

Alta y arrogante la figura ¿Cómo dudarlo? Es la señora, la dueña. Maduro el rostro, despejado y noble de proporciones. Nada en él que desvirtúe su prestancia. Rudo, casi severo aún habida cuenta de la serenidad de su continente, déjase traslucir un rastro de vaga desilusión en sus ojos y un tanto de amargura en su boca. Espíritu recto, quizás inflexible en demasía. La justicia y el orgullo se manifiestan en sus rasgos naturales, empañando el brillo sosegado y dulce que la felicidad puede imprimir en un rostro.

La anciana Bárbara, embebida en sus trajines culinarios, está con un ancho recipiente de manteca derretida a su alcance. Fríe buñuelos. Alterna el trabajo con la cháchara, y le dice a Verónica, su pequeña y rechoncha auxiliar de cocina, que a la sazón se entretiene en apilar leña cortada junto al horno:

—Hay que reconocer que la hacienda del señor tiene hecho pacto con la suerte. No recuerdo ni una sola ocasión en que se haya mojado el heno. Tampoco ha caído rayo alguno sobre la casa, ni jamás el pedrisco se ha cebado en las cosechas. Nunca se ha desgraciado una vaca en el establo, ni el “mal rojo” ha hecho presa en los lechoncillos. Pero esta felicidad no es completa.

Rebasa el dinero las arcas del amo, cada vez más caudalosas, pero en ningún rincón de la casa interrumpe la monotonía del silencio la música desbordante de una risa infantil. ¡Verdad es que ni siquiera se ven pañales tendidos en la hacienda de Hallwanger!

—En el pueblo —dice indiscreta Verónica— se burla la gente de Regina, porque no sabe cómo se traen los niños al mundo, añadiendo que el señor no se atreve a decírselo.

—Tienes el pico muy largo —interrumpe la anciana—. Pregunta, si te atreves, al doctor que hace seis o siete años hubo de operar a la señora, extrayéndole del seno un bulto atravesado o cosa semejante. Esto te explicará claramente por qué la hacienda de Hallwanger no cuenta con heredero propio. La envidia es la que desata las lenguas de la gente.

—No alcanzo a comprender que pueda el amo despertar la envidia de nadie —replicó la muchacha—. Una hacienda sin hijos es como una nuez vacía. ¿Para qué y para quién trabaja entonces el señor? Cuanto mejor que liquidase sus bienes en la taberna, dejándoles vía libre por el gargüero.

—Tu no entiendes de esto ni pizca —dijo la anciana—. El señor se mira en su esposa y quiere hacerle la vida llevadera.

Desgarra las nubes un relámpago deslumbrante. La ofuscadora claridad ciega de momento la vista. Los ojos de Regina se entornan un tanto, a causa sin duda del repentino resplandor, o tal vez porque, en aquel momento, atraviesa Martín, en compañía de Gertrudis, la entrada de la hacienda. Pero en su semblante no se dibuja rastro alguno de duda y desconfianza.

Entrega Martín la horquilla a la criada y se dirige a su esposa.

Un horrisono trueno tunde el espacio.

Suave y forzada a la vez, perfílase en los labios de la

señora una leve sonrisa, y dice, señalando con los ojos al cielo:

—Una vez más le has jugado una mala pasada a la tormenta.

—Sí —contesta Martín—. Nos ha venido justo el tiempo.

—Estás muy sofocado. ¿No quieres refrescar?

Hace un movimiento negativo con la cabeza y dice: —Es precisa aún mi ayuda para el descargue, pero, a la hora de comer, ten a punto el mejor mosto de la bodega. Nuestra gente se lo merece.

Cuelga su chaqueta en el perchero del zaguán. Regina le quita del pelo algunas briznas de hierba. Es como una caricia disimulada.

—Ha estado aquí el alguacil —dice ella— para rogarte que te pases hoy mismo por la posada, pues hay algunos asuntos pendientes de solución en el concejo municipal.

Limítase a asentir con la cabeza.

—¿Se ha provisto ya todo para el ganado?

—Sí —responde ella—. “La pintada” parirá seguramente esta noche.

—Esta vez ha sobrepasado el tiempo casi en una semana —contesta—, y cruza el zaguán con dirección al establo.

Nada de particular en la conversación. Ni tampoco en el acento. Mas, con todo, se intuye que algo extraño se tercia entre los dos. El afecto y la efusión que animan a dos almas que se pertenecen están como velados en ellos. Sus miradas, en vez de cruzarse directas entre uno y otro, parecen perderse en el infinito. Lacónico Martín ante su esposa. Está como cohibido. Más que el señor parece un siervo de tantos.

Regina, de pie en el zaguán, le sigue con la vista. Y, al encontrarse sola, se perfila en su semblante una expresión de angustia. La lluvia azota los cristales de

la ventana. Los geranios, en los maceteros, acusan la violencia del viento y se doblegan a sus ramalazos. Sin solución de continuidad sucedense a los relámpagos los truenos. Sale Regina de su ensimismamiento y, entrando en la cocina, ordena a Verónica que ponga la mesa.

Descargado el heno, limpias la era y las carretas, los útiles todos –horquillas y rastrillos, sogas y arreos– ocupan sus Sitios de costumbre. En esta hacienda de no existe ni la más mínima irregularidad, ni se tolera el menor desorden.

Es la hora de poner fin al trabajo. La tormenta es ya un recuerdo. Desapareció con la misma rapidez con que impetuosamente apareciera ... Sobre la finca torna a lucir el sol de la tarde.

Abovedado y enlucido de cal el vestíbulo, claros azulejos lo embaldosan. Espacioso zaguán que podría muy bien dar cabida a dos carros con adrales.

junto a la puerta, frente por frente de las dos ventanas, la gran mesa de arce. La servidumbre, agrupada en derredor, se ha puesto a cenar. Cinco criadas y cuatro criados, cada cual en su puesto, por orden de edad o importancia. Martín y Regina presiden la mesa. Berza, albóndigas y carne ahumada, en platos de loza, integran la comida. El señor y la señora se sirven los manjares en vajilla de estaño, y en copas el mosto, en tanto que los demás beben de una misma jarra que circula de boca en boca. La cena se acerca a su fin.

En ese momento, la sorpresa insólita. Con una gran fuente de buñuelos, fritos en manteca, entra Verónica en el zaguán. Acércase a la mesa, por el lado de la señora, puesta más la atención en los rostros gratamente sorprendidos y en las exclamaciones de la servidumbre que en lo que hacen sus manos. Ocurre pues que, al intentar poner sobre la mesa la fuente, viene a dar con ésta en la copa de Regina y la vuelca. Llena de consternación, se disculpa como puede. La señora se levanta

con toda tranquilidad, se sacude el líquido del vestido y le dice tan sólo:

—Ten más cuidado la próxima vez.

Pedro, el criado más joven, intenta hacer una gracia a cuenta del accidente, diciendo que lo ocurrido es más bien causa de alegría que de pesar, porque presagia un bautizo. Regina, aún de pie, le clava los ojos, en tanto que una oleada de sangre le enciende las mejillas. Y volviéndose rápidamente, desaparece a toda prisa por la escalera.

Se hace en la mesa un profundo silencio. Todos están confundidos. Gertrudis mira asustada al señor, que retira con brusquedad su plato y se levanta. Airada el rostro, le dice a guisa de reproche:

—En lo sucesivo habla sólo cuando se te pregunte y no más.

Con eso abandona la mesa y sigue rápidamente a su mujer.

Pedro tuerce la boca y trata al punto de defenderse:

—Eso es lo que se gana con desear al señor un campo fértil.

Al oírlo, pónese en pie Luis —el más antiguo de los criados— y, sin decir palabra, propina un puñetazo en la boca al confundido compañero, a la par que exclama:

—¡Nadie te ha dado a ti vela en este entierro.

Regina, está en la sala, frente a un gran armario de pino Apóyase con la mano derecha en la hoja a medio abrir y con la mirada puesta en el vacío. bien a las claras se ve ahora cuánto y cuán profundamente le ha herido la imprudente gracia del criado.

Y estando en esto, se abre la puerta. Inmediatamente se sobrepone. Una máscara de indiferencia cubre su rostro. No le permite su dignidad que nadie, ni su propio marido, adviertan su dolor. Saca del armario un rollo de lino y lo pone sobre la mesa, como si tuviera la intención de ponerse a trabajar.

Se le acerca preocupado Martín.

—Los jóvenes —dice— son como gorriones descarados, dispuestos siempre a meter baza donde no les incumbe, soltando el pico al buen tuntún, aunque sin malicia en sus intenciones.

—Que no puedo tener hijos —replica ella con afectada indiferencia— es cosa sabida por ti y por toda la vecindad, y esto desde hace tiempo. Y, por ser la cosa así, no nos queda otro remedio que resignarnos con nuestra suerte. Abandoné el comedor por entender que, en mi ausencia, podrías mejor reprender al muchacho que estando yo presente.

—Y, desde luego, le he reprendido con severidad — responde Martín.

—Esto es ya otro cantar —comenta ella—. Los criados han de saber cómo tienen que comportarse cuando están sentados a la mesa.

Con qué gusto le hubiera dicho Martín algo bueno al oído. Pero esta reserva, esta resistencia secreta en que siempre se envuelve cuando barrunta a distancia un atisbo de consuelo o un afecto del corazón, le obliga a mostrarse tímido e inseguro. Mas, con todo, se decide a susurrarle suavemente y como tanteando el terreno:

—Creí que te habías disgustado.

Durante un instante bulle en el ánimo de Regina algo así como un síntoma de ternura y en sus ojos un resplandor oculto y alegre. E incidentalmente y sin ninguna otra significación pone la mano en el brazo de su esposo y le contesta:

—No, eso no me ha disgustado. Pero vete ahora a la posada, que es bien posible que te estén ya esperando.